



ESCENA XIII

La transmigración á un águila

LUGAR DE LA ESCENA: *En las nubes*

PERSONAJES. — HONORIO. — UN ÁGUILA

ARGUMENTO

Cansado Honorio de la dicha del reposo, subiendo más en la escala de los seres, transmigra á un águila.

El verdadero amor nunca sosiega, y así el bien como el mal á todo alcanza; como el castigo á toda falta llega, le llega á cada pena su esperanza.

Honorio, en aquel caos sepultado, principio de la noche y fin del día, en vano, en sus memorias abismado, cara á cara el fastidio desafia.

Sobrecitando su inmortal quimera, su eterna aspiración á ser dichoso, en transmigrar pensó por vez tercera, cansado de la dicha del reposo.

Buscando un ser para su nueva historia, puso Honorio, por fin, sus asechanzas sobre un águila, símbolo de gloria de los pueblos que viven de matanzas.

Y aguarda un día y otro á que altanera el águila caudal cruce á su lado, como el que vuelto hacia la mar espera el regreso del barco deseado.

De transmigrar de nuevo ya anhelante, la ve como el que afila su mirada, cuando, atrevida, el cielo cruza errante con sus aires de reina destronada.

Viendo una vez su brillo de topacio, cual descende el halcón sobre su presa, Honorio, tras del águila, el espacio, como descarga eléctrica, atraviesa.

Sigue al pájaro el alma diligente, y al verse, gime Honorio y grita el ave, ella con voz aguda y estridente, y él con la voz ya lúgubre, ya grave.

Al águila en sus giros caprichosos persigue Honorio, y persiguiendo aterra al ave á quien los pueblos belicosos escogen por enseña de la guerra.

El fantasma y el águila luchando, se persiguen, se acosan y se acechan, y haciendo inmensos círculos, volando, poco á poco sus órbitas estrechan.

El ruido extraño que luchando hacían, lúgubre Honorio, el águila estridente, confundidos, un grito producían parecido á la risa de un demente.

Con el fantasma el pájaro revuelto, si avanza el uno, el otro se retira, y ve éste al fin que, por el alma envuelto, hecha nube, la aspira y la respira.

Hasta el pulmón el pájaro acosado por un vapor que respirar no quiere, con el pico torcido y acerado, al fantasma picando, el viento hiera.

Sintiendo el doble afán que sentiría el que aspirase un alma en un aliento, vió el ave que por grados adquiría vida, instinto, pasión, casi talento.

Y Honorio, al transmigrar, ve con encanto más aire y luz, más infinito el cielo, mientras se siente el águila, entretanto, superior á sí misma por el vuelo.

Rey uno de otro, y á la vez vasallo, juntos los dos en transfusión suave, cual se encarna el centauro en el caballo, de Honorio el alma se encarnó en el ave.

Y de un alma ya el águila animada, lanza de gozo y de victoria un grito, atravesando audaz con la mirada, y casi en un momento, lo infinito.

Como pájaro humano, á todo excede en pensar y en volar, pues nadie sabe lo que puede pensar, y volar puede, un espíritu de hombre en cuerpo de ave.

Dueño ya Honorio del león alado, después de tanto esfuerzo y pena tanta, con cierta especie de chirrido hablado, del amor imposible el himno canta.

ESCENA XIV

Lo que cantan las aves

LUGAR DE LA ESCENA: *En todas partes*

PERSONAJE

HONORIO, CONVERTIDO EN ÁGUILA

ARGUMENTO

Canta una golondrina, como Honorio, el himno del amor imposible. — Honorio, convertido en águila, vierte flores sobre el lugar donde estuvo la tumba de Soledad. — Descripción del crepúsculo de la tarde. — Cesa con la venida de la noche el canto de las aves.

Ya entre enjambres de espíritus camina, hecho un águila, Honorio, y entretanto, una gárrula y mansa golondrina me aturde con la jerga de su canto.

Si este pájaro hablase, ¿qué diría? Nos diría que al alba se levanta, y que, gimiendo hasta acabarse el día, del amor imposible el himno canta.

Diría que es un alma que, á otra amando, ni dió en la vida paz, ni halló contento, y que, aun febril, volando y más volando, descansa en el eterno movimiento.

Diría que, por culpas que ella sabe, la hizo Dios un espíritu sin nombre, y que en su idioma rítmico, aunque es ave, charla, grita y dialoga como el hombre.

Diría, en fin, que su desdicha es tanta, que, después de morir, vive gimiendo; que también, como Honorio, el himno canta del amor imposible, así diciendo:

«¡ Bendita sea el alma que no sabe sobrevivir á una ilusión perdida, y luego muerta, y transmigrada en ave, canta el amor de su primera vida!

» ¡ Bien haya la pasión del ser bendito que sueña que algún día, sin cuidados, allá entre el esplendor de lo infinito sus votos colmará nunca saciados!

» ¡ Bendita el alma, á la que, siempre pura, la tentación de lo ideal acosa; que embebida en sus sueños de ventura, nada encuentra feliz, y así es dichosa!

» ¡ Bien haya el que, en su dicha desdichado, quiere á su ingrato amor porque le quiere, y que acaba la vida resignado, bendiciendo al ingrato por quien muere!

» ¡ Dichoso el que por sueños de mañana no halla hoy placeres ni ventura cierta, pues sólo hay dicha para el alma humana mientras soñando está que está despierta! »

El imposible amor así cantando, golondrina locuaz, caerás rendida, como en su cuerno de marfil Rolando gastó su fuerza hasta acabar la vida.

No importa: canta así, pues tus amores escucho con tal fe, que no me extraña que sólo por las aves y las flores tenga el palacio envidia á la cabaña.

A tus abuelos, como á tí, volando, ví en torno de mi cuna siendo niño: ¡cuánto recuerdas á mi amor, charlando, de mi madre los brazos y el cariño!

¿Serás la misma tú que á mi ventana escuché tantas veces extasiado, cuando al compás de tu canción, mi hermana se columpiaba á un lado y á otro lado?

Tu fuente inagotable de ternura derrama en torno mío, ¡oh golondrina! Canta más, melodiosa criatura, azul reflejo de la luz divina.

Cuando vea en otoño tristemente que tu nidada hacia el Egipto pasa, te diré que no olvides en Oriente el nido del alero de mi casa.

Dí á tus hijos que vengan algún día á proseguir tu interrumpido canto á este albergue, en que reina la alegría del continuo festín del libro santo.

Y díles que tu pena aquí en mi pecho, como en el tuyo, siempre halló morada; que jamás desoída fué en mi techo tu redicha canción, nunca imitada.

Porque causa tu voz tan tierno encanto, que escucha Honorio tu canción divina, mientras, rendido con mortal quebranto, entre enjambres de espíritus camina.

Paseando con olímpico denuedo su amor eterno y su inmortal constancia, vuela y vuela, cual pájaro, sin miedo, el tiempo suprimiendo y la distancia.

Él, que, obcecado por la vez tercera, de piedra en árbol transmigrando, lucha, ya águila al fin, del ritmo de la esfera el eco, cual Pitágoras, escucha.

De Soledad, volando, presentía en dónde el sitio de la tumba estaba, y sin duda el lugar reconocía por el santo perfume que exhalaba.

Y círculos y círculos describe, y circulando así, jamás se ausenta de un cierto punto azul, donde se vive en paz mientras que ruga la tormenta.

Como alma que á su hermana anda buscando, va una vez y otra vez, cual de pasada, sobre la ex-tumba una mirada echando, jamás por el dolor escarmentada.

Y excepto de su voz algún gemido, pensando ver el alma que no olvida, son sus ojos el único sentido en que voraz reconcentró su vida.

A veces, al mirar, tras corta ausencia, de Soledad la ex-tumba, un ¡ay! exhala, y derrama jazmines de Valencia y rosas de los huertos de Bengala.

Y en tanto que entre espíritus camina Honorio, y sin llorar, se ahoga en llanto, la gárrula y flotante golondrina, para llorar también, cesó en su canto.

Y es que llega la noche, y no gorjean las aves su canción en torno mío, porque ya las estrellas centellean del alto cielo en el azul sombrío.

Por la luz del crepúsculo asaltados, ya bajando los pájaros el vuelo, descenden á los bosques y á los prados, como flores caídas desde el cielo.

La noche avanza, y á esparcir empieza los coros de las pobresavecillas, como al traer otoño su tristeza, sus brumas y sus hojas amarillas.

Ya al aura de la tarde, que fluyendo se perfuma por bosques de rosales, los árboles se inclinan, como oyendo misteriosos conciertos celestiales.

Y al tiempo en que se ocultan los pardillos, monótonos los buhos se levantan, y ya comienzan á entonar los grillos unas canciones de adormir que encantan.

Y al fin un himno á resonar empieza, misterioso, confuso, palpitante, que sin duda alza á Dios naturaleza, perpetua madre y eternal amante.

Himno de amor, que cantan los ambientes y las ondas del aire y las del río, los árboles, las aves y las fuentes, en las noches serenas del estío.

Queda Honorio en las nubes, y entretanto un solo ruiñeñor, muerto de pena, velando como yo, con triste canto el gran silencio de la noche llena.

Ven, noche, ven, y hacia la pena mía, de olvido y sueño enriquecida, avanza; ven, mientras suenan, al rayar el día, los himnos de la alondra á la esperanza.

#### ESCENA XV

##### La verdad de lo que se dice

LUGAR DE LA ESCENA: *Encima y no lejos del mundo*

##### PERSONAJES

HONORIO. — LA CAVA. — EL CONDE DON JULIÁN

##### ARGUMENTO

Vagando Honorio, llega á una región de la atmósfera donde se oye la verdad de todo lo que se dice. — Oye después que Florinda hace á su padre el Conde D. Julián la confesión de cómo fué engañada por el Rey D. Rodrigo. — Luego Honorio escucha las maldiciones que en algún tiempo lanzó sobre su raptor su hermano Palaciano, secuestrado entonces y preso por él. Horrorizado Honorio al oír las quejas de su hermano, huye de la esfera en donde se oye la verdad de todo lo que se dice.

Vagando Honorio por el aire un día, halla una esfera, de sonidos llena, que un eco de este mundo parecía, pues cuanto se habla en él, allí resuena.

Se sabe del lugar de donde vienen y adonde van, cuando se van, los ruidos, y en aquella región siempre se tienen cargados de rumores los oídos.

Por hechos mil, á la razón extraños, suena allí todo ruido en un momento, y si unos tardan días, y otros años, alguno tarda un siglo, y otros ciento.

Oía tanto Honorio, que hasta oía el recuerdo del son que muerto estaba, y hasta el silencio mismo parecía que, cuanto era mayor, más se escuchaba.

Se oye el más leve murmurar del viento, lo que el que duerme en sus ensueños dice, el ¡ay! del triste, el grito del contento, el odio que entre dientes nos maldice;

La tierna voz del que á vivir empieza, el eco del que ríe y del que llora, la madre fiel que por el hijo reza, y el joven que requiere á la que adora;

El vil que se desliza cual serpiente, el héroe que galopa á toda brida, la campana que anuncia, indiferente tocando, nuestra muerte y nuestra vida;

El que duerme tranquilo en las cabañas, los que casi en silencio hablan de amores, y esas cosas monótonas y extrañas, que el céfiro, al pasar, cuenta á las flores.

Honorio á oír con ansiedad se puso una voz de mujer, que gime hablando, y se empeña en saber, todo confuso, si aquello es cierto, ó si estará soñando.

Y entre un gemido oyó, y otro gemido, que así la Cava sus amores cuenta; y Honorio, que la escucha enternecido, para oírla mejor, casi no alienta.

##### LA CONFESIÓN DE FLORINDA

Del Tajo en la ribera, así la Cava triste le hablaba, á Don Julián sombrío, ocultos en un soto que formaba, entre dos orlas de álamos, el río.

Florinda, echada de su padre al cuello, así su pena á referir comienza: «¡Cómo empezar, señor! ¡Cómo hablar de ello! ¿Quién me esconde de mí? ¡Tengo vergüenza!

» Aunque perdón por mi desdicha imploro, por vuestra vida os juro, que es la mía, que, en mi infantil candor, del mal que lloro, el cómo fué no sé; yo no quería.

» Antes de hacer, más que galán, cobarde, á mi inocencia y á su honor agravios, siempre al decirme el Rey *el cielo os guarde*, me cerraba los ojos con sus labios.

» Yo, ajena del amor que le inspiraba, dejándome querer, pensé, inocente, que Rodrigo en los ojos me besaba como besan los padres en la frente.

» Una noche ¡ay de mí! sentí durmiendo el beso de los ojos en la boca...» Calló un instante, y prosiguió diciendo: — ¡De pensar lo demás, me vuelvo loca! —

Tras nueva pausa continuó, llorando: «¡Cuánta afrenta y dolor, Virgen María, hallé en mi corazón, la luz mirando, que brilló como siempre al otro día!

» Luego, ni amante, ni siquiera amigo, si al verme, *el cielo os guarde*, murmuraba, no volvió á darme el infeliz Rodrigo aquel beso en los ojos que me daba.

» Tanto á los dos nuestro recuerdo humilla, que, él pensando en su honor, yo en mi pureza, con cierta palidez, casi amarilla, bajamos, al mirarnos, la cabeza.»

Y ahogada en llanto, y sin mirar al padre, una vez y otra vez le repetía: — Mas por la sombra, os juro, de mi madre que el cómo fué no sé; yo no quería! —

Con lágrimas de amor y de despecho ve el llanto de Florinda el pobre Conde, y con noble pudor, contra su pecho, como ocultando el de ella, el suyo esconde.

Y haciendo al cielo, al que miró con saña, testigo del furor de sus querellas, un ¡ay! lanzó, que consternando á España, por encima rugió de las estrellas.

Las quejas que algún día alzó su hermano, oye Honorio después, todo aturdido, y es para él la voz de Palaciano, más que audición, remordimiento oído.

De la verdad en la celeste esfera, oyendo aquella voz que resonaba, sin pestañear, la oía de manera, que casi con los ojos la escuchaba.

Mientras que Honorio de su hermano oía maldiciones y gritos de venganza, de aquellos ojos de águila vertía destellos de un dolor sin esperanza.

Maldice Palaciano, secuestrado, al que fué su raptor, desde un abismo; y Honorio oye su voz desencajado, cual si fuese el fantasma de sí mismo.

Y triste, y ciego, y de furor beodo, sube, y baja, y suspira, y de repente, de aquella esfera en que se oía todo, desconcertado, huyó como un demente.

UNIVERSIDAD DE NOVIEMBRE  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO RETES"  
Año 1925